

Hombres de su Tiempo

Dra. Ana Ribeiro

Terminar con la ciega obediencia

El orden colonial, roto con el ciclo de la independencia, no dio lugar fácilmente a un orden-otro en el territorio que, a partir de 1830, se convirtió en el Uruguay independiente. Se necesitó casi un siglo de búsquedas para finalmente encontrarlo. La Guerra Grande, la que nació con y desde las divisas, se inició sólo seis años después de alcanzar la independencia. Enlutó al país y a la región entre 1836 y 1852, con el agregado de intervenciones europeas. Luego vino la idea de fusionarse para olvidar a los partidos del enfrentamiento, pero fracasó: hacia 1860 era evidente que los partidos renacían con fuerza. Cinco años más tarde Venancio Flores marchaba personalmente con sus tropas a la Guerra del Paraguay, que involucró a todos los países de la región. Esa guerra fue grande en consecuencias y desolación y así la llamaron los paraguayos: Guerra Guazú.

Cuatro años después de aquella conflagración, estalló en suelo oriental la “Revolución de las lanzas”. Timoteo Aparicio, el caudillo blanco que la encabezó, luchó con una mayoría ostensible de armas blancas, a la vieja usanza, pero llevaba una imprenta en una carreta. Por medio de ella, Agustín de Vedia y Francisco Lavandeira publicaban proclamas que reclamaban respeto a la constitución y derecho a la representación de las minorías. Los levantamientos menores, los caudillos de pago, sumaban urgencias a un estado que no lograba dominar el territorio ni la vida política del país. Los señalados una y otra vez como los grandes culpables eran los partidos políticos, “sindicatos del gaucho”, masa levantisca tras los caudillos. Se seguían buscando los fundamentos de un funcionamiento republicano que aún no cuajaba. Las revoluciones solían comenzar en verano, cuando el buen tiempo acompañaba a los jinetes alzados. Los períodos de abundancia ganadera también les eran propicios, mientras que aquellos en que el ganado escaseaba – producto de la impunidad con que los ejércitos en lucha se servían de las manadas existentes - sobrevenían lapsos de paz, que más tenían de hambruna que de calma.

Ese es el escenario en el que se contextualiza la reforma escolar vareliana. Irrumpió (con todos sus matices, significados y rupturas) en un Uruguay al que le urgía ingresar en la modernización que, impulsada por Inglaterra y su libre cambio, se abría paso en medio de una oleada de proteccionismo mundial.

El país comenzaba a salir de sus patrones tradicionales, de sus atavismos coloniales, de sus feroces y feraces llanuras pobladas de ganado cimarrón, e ingresaba a los modos de producción y consumo de los países centrales. Lo hacía en clave de dependencia – que no de colonia – y en el mismo sistema capitalista que golpeó a las puertas cuando desembarcaron Solís o Hernandarias, pero en otra etapa del mismo. La industria, los ferrocarriles y el imperio inglés se imponían con un rasgo característico del sistema mundial del período: el de la complementariedad estructural y el comercio inter-industrial. O sea: un poderoso y global comercio internacional basado en el intercambio de materias primas y alimentos (que era lo que producía el Río de la Plata), por manufacturas de los países industrializados.¹ Uruguay tenía una buena productividad, estimulada por las demandas europeas; lo que necesitaba hacia 1870 era dotarla de seguridad en todas sus fases.

Aquel Uruguay debía pues, pacificar y ordenar. Los militares llegaron al poder el 10 de marzo de 1876. Se quedarían hasta 1886, con una primera etapa latorrista (1876-1880) y una posterior santista. La etapa primera fue la más fructífera en lo que a las estructuras del poder estatal se refieren, pues el Estado pasó realmente a detentar la autoridad y a ser central. La modernización de la campaña, una vez pacificada y puesta bajo control, no se hizo esperar. La revolución del ovino y el alambrado serían cambios fundamentales que atravesarían el período militar para concluir sus transformaciones mucho más allá del mismo, pero sin poder ocultar el envión recibido por los gobiernos castrenses.

“El pacificador” Lorenzo Latorre asumió el poder con 31 años. Había sido colorado, pero aclaró que – si bien había tomado parte activa en las batallas que habían ensangrentado la república - su gobierno prescindiría de discordias anteriores y de cualquier favoritismo de partido.

Latorre había sido soldado de la Cruzada Libertadora del General Venancio Flores; oficial en la guerra del Paraguay, en la cual fue herido de bala y Jefe del Batallón de Cazadores en la Batalla del Sauce en el año 1870. El 28 de febrero de 1876 recibió un documento en el que manifestaban apoyarlo incondicionalmente para que “bajo ningún pretexto cese en el Ministerio de la Guerra a no ser para elevarse a la Presidencia de la República”.² Lo firmaba un grupo de oficiales encabezado por Máximo Santos, a los que se sumaba la firma - dos renglones debajo de los primeros - de los caudillos Simón

¹ BERTOLA, Luis (2000): *Ensayos de historia económica. Uruguay y la reción en la economía mundial 1870-1990*, Ed. Trilce, p. 102

² MARTÍNEZ, José Luciano (1952): *General Máximo Santos ante la Historia*, Taller Gráfico Prometeo, Montevideo, pp. 28-29

Moyano, Eduardo Vázquez y Timoteo Aparicio, el caudillo de la “Revolución de las Lanzas” al que Latorre logró neutralizar como peligro político.

El gobierno de Latorre estabilizó la emisión de circulante, adoptó el monometalismo, saneó la inflación y dio respaldo a la moneda, trayendo seguridad a la Bolsa. Mientras, hacía “habitable” la campaña (en palabras de Ordoñana, el Presidente de la influyente Asociación Rural), dotando al brazo represivo del estado de la contundencia que nunca antes había tenido. Cañones Krupp que cinco años atrás habían sido los protagonistas de la guerra franco-prusiana; los fusiles y carabinas Remington que potenciaban la capacidad de la infantería y la capacidad represiva de los Códigos (el de Procedimiento Civil y el de Instrucción Criminal), fueron las armas disuasorias contra los hombres sueltos de la campaña, las banderías alzadas y los “candomberos” en eterno litigio. Las líneas férreas, el telégrafo y los puentes expandieron ese poderío del estado por cada rincón del territorio nacional, finalmente abarcado desde la capital. Su estilo era tajante y sin medias tintas. “Si sus soldados no son capaces de nada, dígamelo, para quitarlos a Ud. y a ellos” ³, le hizo saber por medio de un telegrama, al Capitán de una división salteña que no había podido controlar un malón.

Pero ninguna medida fue tan lejos, en cuanto a modernización y logros civilizatorios, que aquellas que se hicieron en materia educativa. Convencido de la necesidad de dejar atrás los mandatos de odio y la deficiente delegación de soberanía que se hacía en los caudillos, el joven José Pedro Varela procuró la tarea de ilustración colectiva de mayor envergadura del también joven país. El saber libera, entre otras cosas, de las ciegas obediencias. No debe olvidarse que la lealtad que requerían los caudillos y que alimentaba los enfrentamientos de unos con otros se remontaba a la lealtad real, la que el súbdito le dispensaba al monarca. La república necesitaba quebrar ese atavismo colonial, para llegar a cumplir con su propio formato político.

Para llevar a cabo tal transformación política se requirió una alianza aparentemente imposible: la de un principista anti-partidos y caudillos como era Varela, con un gobernador militar de mano dura. Nombrado por “aclamación” de un “pueblo” encabezado por comerciantes y hacendados (las “clases conservadoras” concentradas en la ciudad, dedicadas a importar y exportar, a los saladeros y la actividad bancaria), Latorre terminó siendo el garante de la ampliación de la ciudadanía que traería aparejada la alfabetización masiva. “No eliminaré al dictador del presente, pero sí a los

³ BARRÁN, José Pedro, “Latorre y el estado uruguayo”, Enciclopedia Uruguay N1 22, Impresora Uruguay Colombino, Montevideo, 1968-1970, 27

del futuro”, dijo Varela ante las múltiples críticas que recibió del liberal grupo de principistas al que había pertenecido. No les estaba mintiendo.

Élites, prensa y debates

Mientras Nicolás Herrera se hallaba en la corte de Río de Janeiro, como tantos otros montevidianos que habían abandonado la ciudad cuando entraron en ella las tropas artiguistas, su familia refugiaba – también como tantas otras – en las quintas que iban desde el Miguelete hacia los bañados de Carrasco. Era una forma de pasar desapercibidos a los ojos de los nuevos amos políticos, la oficialidad triunfante que respondía a las órdenes de José Artigas. Las preocupaciones de Nicolás Herrera eran varias, pues era escaso el dinero para sobrevivir en la muy cara Río de Janeiro. Pero por sobre todo le preocupaba, que, en esa estadía en las quintas, sus hijos no dejaran de formarse. “A Manuel se le puede empezar a enseñar el francés sin perjuicio de la escuela: basta para esto una hora por la noche, aunque sea con el Sacrificio de pagarle maestro. No estaría de más que Manuel mi hermano robase algún tiempo a sus tertulias para enseñarle la aritmética: Suplícaselo de mi parte. Si conseguimos que Manuelito escriba bien, sepa francés e inglés (ante todo es preciso enseñarle la gramática española) y los elementos de matemáticas unido esto a los principios de religión y virtud en que tú lo instruirás, yo quedaré contento y moriré con el consuelo de dejarle la mejor herencia. De Miguel es preciso que vaya a la escuela. En la del Cabildo creo que aprenderá mejor, pero por Dios te ruego que no lo castiguen; y mientras estén en casa déjalos jugar y correr todo y las veces que quieran. Así se criarán robustos”.⁴

Saberes prácticos, principios éticos, idiomas era lo que demandaban las élites a las que Herrera pertenecía. Prevenir de los excesos de autoridad de los educadores, que con frecuencia apelaban a los golpes; completar la educación intelectual con el vigor físico: era un pequeño programa educativo, ya en aquel año 1815.

Sesenta años más tarde, la situación de la educación no era mucho mejor que aquella que describía Nicolás Herrera, en que apenas se podía confiar en la escuela y lo que más, se hacía desde el ámbito familiar. Al menos en el caso de las élites, que tenían recursos culturales para hacerlo. Para los demás, en un país porfiadamente débil en materia demográfica, correspondía sencillamente el analfabetismo extendido.

Juan León Bengoa dejó un retrato rotundo del momento previo a la irrupción de la reforma vareliana: “Los maestros de campaña no cobran sus sueldos desde hace años.

⁴ AA tomo XXIII, pp. 472-473, Nicolás Herrera a Consolación Obes, Río de Janeiro, 1º de agosto de 1815

Empujados por la pobreza abandonan sus puestos, los que quedan, se ven en el duro trance de luchar con el hambre y con la indiferencia oficial. Las escuelas, - galpones, apenas, - no tienen muebles ni cuadernos, ni bancos, ni mapas. Casi no hay alumnos, tampoco. Se enseña de memoria. El territorio nacional tiene sólo setenta y ocho escuelas. Pero cuarenta y tres de ellas, están en la capital. Un índice aterrador: el analfabetismo alcanza al setenta por ciento. De cuarenta mil niños en edad escolar, treinta y cinco mil no reciben instrucción. Hay tres millones de pesos votados para el presupuesto militar. Apenas trescientos mil para el presupuesto de Instrucción Pública. Y a pesar de esta diferencia, cuando Latorre llega al poder, pide más recursos 'porque la tropa no puede sacarse el uniforme para dormir, pues no tiene mantas para taparse'. Y bajando el tono de su voz, porque le da vergüenza declarar lo que sabe, agrega: 'los soldados sucios y rotos, viven a mate pelado, devorados por los piojos'.⁵

Ninguna fecha, probablemente, explicita mejor el nivel de enfrentamientos vividos durante décadas que aquella de 1868, en que murieron en Montevideo, en el mismo día, el caudillo colorado Venancio Flores y el anciano Bernardo Berro (blanco), ambos ex-presidentes de la República. Flores fue apuñalado en las cercanías del cabildo y Berro recibió, estando prisionero, un tiro por parte del hijo de aquél, Eduardo Flores. Su cadáver fue paseado por la ciudad en un carro de basura. El telegrama enviado a los jefes políticos del interior debió decir "reúna la gente y véngase" (a Montevideo, a dilucidar la situación de la capital), pero por error dijo "vénguese" y sobrevino un baño de sangre.

"Durante toda una semana a los partidarios blancos de la ciudad se los sacó de sus casas y se los cazó y asesinó en las calles y por todas partes, tal era la euforia de la soldadesca, hasta que apareció una proclama pública prohibiendo la matanza y ordenando que el partido culpable fuese juzgado justa y legalmente", cuenta el Reverendo T.H. Murray, espantado escritor-viajero, por aquel entonces de paso. Los enfrentamientos se prolongan durante días dentro y fuera de la ciudad. "Todos los comerciantes ingleses cerraron sus casas y el comercio estaba completamente paralizado. Todos se armaban con un revólver. A nadie se le permitía estar en la calle después de las ocho de la noche. No se veía nada en ella sino los serenos (...) con linternas y un estoque, gritando las horas de la noche. Veintinueve de los ciudadanos principales -uno de ellos hermano del general Flores- permanecieron en el cabildo toda la noche para guardarlo, y por la mañana fueron encontrados todos muertos por el cólera

⁵ BENGOA, Juan León, *El dictador Latorre. Retrato del hombre y crónica de la época*, Ed. Claridad, Montevideo, 1938, p. 126

(...) Así, con crímenes al por mayor y con el cólera rugiendo por todas partes(...)', se veía Montevideo.”⁶

Sin embargo, a pesar de tales desbordes políticos, la modernización se abría paso. A comienzos de la década del 70 la ciudad de Montevideo tenía alrededor de 40.000 edificios y casas, unas 700 cuadras empedradas (a las cuales contribuiría mucho el Taller de Adoquines en el que los presos sin oficio picaban piedra), macadamizados los caminos que llevaban al Paso Molino, las Duranas, la Figurita, Atahualpa, Camino de la Unión y el camino que llevaba a playa de Ramírez. Toda la ciudad estaba iluminada a gas, hasta los confines de la Unión y el Paso Molino.

Había cuatro grandes mercados, cinco plazas (Cagancha, Artola, General Flores, la del Solís y la Matriz); ocho teatros (el Solís, el Cibils, el San Felipe y Santiago, el Alcázar Lírico, el del Cordón, el de Títeres, el Casatti y el de la Aguada). Los hoteles eran una veintena, siendo el Oriental el más destacado. Las bibliotecas eran varias, de las cuales la Nacional la principal; de rápido crecimiento era la que impulsaba la Sociedad Amigos de la Educación Popular, sociedad de cuyo seno saldría la reforma vareliana.

Las tiendas y negocios daban cuenta de ciertos sectores de buen consumo y de una tendencia a las costumbres europeas que imponían las fuertes corrientes migratorias: había cinco exitosas abaniquerías, cuatro afinadores de piano y quince casas de fotografía, la gran novedad. La ciudad en general había comenzado a perder el aspecto algo pobre y pueblerino que tenía una década atrás. La presidencia de Flores y la Guerra de la Triple Alianza contra Paraguay significaron años de crecimiento y de cambios. Los movimientos de capitales a que dio lugar la guerra se registraron en el puerto, que tuvo intenso tráfico y embolsó grandes ganancias. Los italianos se multiplicaron, sacándoles ventaja a los españoles, que habían sido hasta entonces los más numerosos. También llegaron franceses, rusos, libaneses, armenios, judíos. Fue un verdadero “malón gringo” que transformó a Montevideo en un “caldero fundente” de pieles y nacionalidades, lo que se reflejaba en las festividades que ganaban los espacios públicos con sus símbolos, lenguas y canciones. El 25 de mayo se seguía recordando la gran fiesta argentina; el 14 de julio la toma de la Bastilla; el 24 de mayo se recordaba a la reina Victoria; el primer domingo de junio se celebraba el aniversario del Estatuto Albertino y se cantaba en italiano.

Si bien las casas eran mayoritariamente bajas y apenas resaltaban los tres pisos del Hotel Oriental, ya se lucían zaguanes, azoteas, zócalos, balcones y parapetos con

⁶ T. Murray citado en RIBEIRO, Ana (2007): *Montevideo la malbienquerida*, Editorial Planeta, Montevideo, pp. 77-78

balaústres de mármol de Carrara. Se editaban más de una decena de diarios y en 1855 comenzaron a adoquinarse las calles y a reemplazar el sistema de cloacas por el de caños maestros, pues se procuraba combatir el peligro de las epidemias. Hacia 1871 ya hubo servicio de aguas corrientes.

En 1861 se sumó al Cordón y la Aguada la llamada “Ciudad Nueva”, que en 1870 ya tenía cimentada sus calles; luego se formó la “Ciudad Novísima” y la Comercial; en 1868 se formó el barrio Atahualpa, en 1873 el Prado Oriental, al año siguiente Maroñas y Pueblo Ituzaingó; más tarde nacerían Villa Colón, Nuevo París, La Teja, Goes. Hacia 1878 ya debe delinearse un amplio boulevard que circunvale y conecte las zonas de crecimiento.

Las familias de fortuna se lucían en carruajes tirados por caballos de recargados arreos de plata. En los carnavales ostentaban vestidos de baile, abanicos y joyas. Sin embargo, casi todos llevaban armas consigo, sin que hubiera control alguno al respecto. Los propios crímenes parecían tener castigos muy bajos, pues la mayoría de las veces el criminal era enrolado en el ejército, que fungía entonces de improvisada cárcel. Cuando el crimen lo ameritaba, se fusilaba en la Plaza Artola, a los ojos del público y en medio de una gran espectacularidad.

Las contradicciones estaban servidas. La población se multiplicaba al compás de la inmigración y los capitales crecían, mientras el mundo político era tan brutal que el país estaba siendo retratado (aunque aún no lo sabía) por W.H.Hudson como “La tierra purpúrea”. Las elites, que por ser transitivas ⁷ lucían tanto apellidos patricios como nuevos, albergaban dentro de sí a miembros de un selecto principismo ilustrado, desconforme, lector y ciudadano. Eran profundamente afrancesados, al punto que José Pedro Varela, al entrevistarse en París con su admirado Víctor Hugo, le dice: “En mi país, señor, los que cultivamos la literatura lo hacemos sólo por amor a ella: nunca como medio de vida; porque desgraciadamente allí, los trabajos intelectuales sólo producen luchas y contiendas”. En tal caso, contestó Víctor Hugo, continúe en ese camino. “Para mí no es Ud. un ciudadano de Montevideo: es un hermano, es un francés separado de su patria, que esparce en aquellas lejanas regiones el espíritu de la Francia liberal”.⁸

⁷ “Montevideo vivió su propio proceso de temporalización durante su lucha con el bando revolucionario, lo que permitió que, al conformarse el nuevo estado independiente, las viejas familias de élite 3/4 aún menguadas económicamente 3/4 siguieran detentando tal condición y ejercieran los cargos políticos de la primera hora independiente (ejercicio en el que, finalmente, se arruinaron como patriciado, según Carlos Real de Azúa). Resultaron transitivas respecto al nuevo estado uruguayo conformado a partir de 1830.” Cfr. RIBEIRO, Ana (2013): *Los Muy Fieles. Leales a la corona en el proceso revolucionario rioplatense*. Montevideo-Asunción 1810-1820, Planeta, Montevideo, p. 312

⁸ Citado en J.P. RAMÍREZ; A. DE VEDA Y J. HERRERA Y OBES (1991): *La deportación a La Habana en la barca Puig*, prólogo y notas de Pablo Rocca, Ed. De la Banda Oriental, Montevideo, p. 8

Sin embargo, esos mismos principistas eran tan pasionales como lo era el país. Fueron capaces de enrolarse en una revolución como la Tricolor de 1875 y fueron, sobre todo, periodistas activos que conmovían la opinión pública con sus artículos, publicados en *La Bandera Radical*, *El Siglo*, *La Paz*, *La Democracia*, *La Tribuna*, *El Uruguay* y *La Patria*. También en los satíricos *El Garrote*, *El Fíguro*, *El Chubasco* y *El Negro Timoteo*. Escribían llenos de ardor para la contienda diaria en el efímero papel, y llenos de trascendencia para los debates en *El Ateneo* o en los libros que –creían– los inmortalizarían. Escribían sobre asuntos financieros y luchas políticas del momento, tanto como reclamaban bibliotecas populares o inauguraban periódicos nuevos, convencidos que la regeneración provendría del saber y de los libros. Agitaban el pensamiento y por eso terminaron casi todos deportados en la *Barca Puig*, rumbo a La Habana. Sus refinadas cabezas y vestuarios terminaron dibujando un garabato en la borda de la misma, “con un plato de porotos o de bacalao metido bajo el sobretodo para guarecerlo de la lluvia; aguantando el resuello al llevar el bocado a la boca para no tomar el olor a agua podrida”.⁹

Apenas desembarcados, no sólo se remitieron a dejar magníficos testimonios literarios de su aventura y del estado de la política uruguaya, sino que emprendieron regreso hacia el país, sumándose a la Revolución Tricolor de 1875. Los pobres soldados que los escoltaban tuvieron menos fortuna material y menos suerte, pues terminaron mendigando en las calles de Charleston, olvidados por el estado, que no previó su billete de regreso.

El banco como apuesta

Cuando Latorre asumió el poder, hubo quien escribió, como Angel Floro Costa, “panfletos contra puñales”, denunciando que “el eco de la miseria se difunde por todas partes, sin que basten a sofocarlo sus afanes, por llenar de agasajos a los forasteros que visitan nuestras playas y a los diplomáticos acreditados ante su corte, mientras que guarda para sus conciudadanos, el Taller de Adoquines, el garrote nocturno, el puñal de sus sicarios, la calumnia y el insulto de su prensa oficial, el terror en fin, bajo todas las formas”.¹⁰ Describe miedo y un silencio sepulcral en las calles durante las noches, apenas interrumpido por la marcha de las vigilantes tropas de línea.

⁹ Testimonio de Julio Herrera y Obes, “Carta de un proscrito” en J.P. RAMÍREZ; A. DE VEDA Y J. HERRERA Y OBES (1991): *La deportación a La Habana en la barca Puig* (citado), p. 86

¹⁰ FLORO COSTA, Angel (1968): “Panfletos contra puñales o el Coronel Latorre, su época y sus crímenes”, Impresora Uruguaya Colombino, Montevideo, *Enciclopedia Uruguaya* 22, p. 289

Otros, atrincherados en los partidos, se quejarían en tono similar, como lo hizo el periodista y cabañero Luis Mongrell en 1882: “Siete años que la vida libre de los pueblos modernos desapareció del horizonte de la patria; siete años que sus hijos rondan sus confines en extranjero suelo, sintiendo las brisas de la tierra querida donde brilló un día esplendoroso el sol de la libertad, sin que les sea dado volver a ella; siete años que la república es un cuartel vastísimo donde se fabrican militares que chupan de las entrañas del pueblo, para lucir entorchados vistosísimos como símbolo del valor o la pericia. Hace siete años que vivimos en un caos. ¡¡Pobre República!!”¹¹

No obstante, estos testimonios, Real de Azúa ha señalado que en el militarismo uruguayo del siglo XIX no hubo un pretorianismo en el sentido de “imposición a toda la sociedad de los valores militares”, sino una impersonal política de orden público que golpeó duramente a los grupos delictivos y a los de resistencia política. Si bien Latorre ligó su nombre a innumerables hechos de violencia y crueldad, también fue característica de su período “la imposición de una implacable disciplina militar con represión terrible de todas las formas de apropiación y de saqueo, persistente temperamento que contribuyó tal vez más que ningún otro a la buena opinión que por lo menos fugazmente en muchas capas sociales la dictadura contó”.¹²

Algo contundente señala Real respecto al militarismo: tanto Latorre como Santos “gobernaron con el cuantioso elemento civil colaboracionista que desde el pleno asentimiento hasta complicadas justificaciones y reservas optó por respaldar la gestión de la autoridad de turno”.¹³ Los duelos, los insultos, las peleas entre “panfletos y puñales”, entre jefes y periodistas, formaron una larga estela de conflictos que pautaban las tensiones existentes en esa sociedad sometida a disciplinamiento, pero en plena ebullición.

En medio de ella, José Pedro Varela. Un joven principista con un urgido plan en la mano, plan en el que –confiaba– estaba la clave para fortalecer la ciudadanía y combatir los desbordes del presente. La fina pluma de J.A. Oddone hizo el más elevado rescate de ese grupo de principistas frecuentemente evocado por la “inoperancia” de las Cámaras de Ellauri en la década del '70 y no por sus reales aportes: “Los hombres de su generación, acusados por un generoso idealismo, dieron mucho de sí fascinados por el radiante fanal de la libertad civil. Supieron penetrar, en el fragor de la lucha en que

¹¹ Cita de Luis Mongrell en “La Razón”, 11 de febrero de 1882, en MONGRELL, Hugo (1958): *Luis Mongrell (1858-1937) Político, revolucionario y periodista cabañero y ruralista. Historia de un luchador*, Artes Gráficas “Faro de Vigo”, España, p. 15

¹² REAL DE AZÚA, Carlos (1969): “Ejército y política en el Uruguay”, Cuadernos de Marcha, n° 23, Montevideo, p. 11

¹³ *Ibidem*

estaban empelados, hasta el meollo de la realidad de su tiempo, donde alentaba, como exigencia primaria de todo programa de superación, la plena libertad de opinión, de creencias, de enseñanza y el goce tranquilo de las prerrogativas individuales. Por ese camino, erigieron en dogma todas las reivindicaciones de la libertad civil y política y de la personalidad humana”.¹⁴

Este alegato puede sintetizarse en un mérito único, que abarca todos los matices señalados: haber inculcado en el país la convicción de que la democracia se construía sobre principios, que debían ser su fundamento. El Club Universitario, las cátedras, la prensa, los varios clubes fundados, los partidos que apelaban a la razón y los programas, las Sociedades “de amigos de...” (el País, la Educación del Pueblo, etc.), fueron espacios de liberalismo principista, incrustados en una realidad no liberal, plena de atavismos y fuerzas tradicionalistas.

La lucha de José Pedro Varela en ese contexto fue, por lo menos, dual: consigo mismo (en tanto ceder en algunos principios podía asegurarle el triunfo de otros) y con esa realidad en la que el cansancio de las guerras internas era notorio, tanto como lo era el propio fracaso de sus brillantes compañeros de generación, evidente en la torpeza del gobierno de Ellauri. La de José Pedro Varela fue una apuesta audaz.

Satírico, “El Coronel”, periódico que llevaba por subtítulo “sablazo dominical para músicos y danzantes”, decía en una de sus columnas, en mayo de 1880: “Antiguamente, las madres que no podían dormir a sus hijos, les decían para asustarles: ‘Ahí viene el negro de las barbas’. Hoy le dicen: ‘Que viene Latorre’. Y el pelón, con ese instinto de conservación de la vida, no llora, aunque haga horas que no mama. El chicuelo que no quiere ir a la escuela, toma los libros y los cuadernos al oír exclamar: ‘Que viene Latorre!’.”

No conforme con esa ironía, algunos renglones más adelante el anónimo autor (el redactor responsable del periódico era “Equis Galleta”) agrega: “Después de todo, ahora nos aburrimos. (...) Ya no se pega ni una mala paliza. Así no se puede vivir: ¡la existencia es por demás monótona!”¹⁵ La lectura, por debajo de las sonrisas que el periódico suscitaba, era que el “disciplinamiento” erosionaba implacablemente a la antigua sociedad “bárbara”. El banco escolar cimentaba el cambio.

¹⁴ ODDONE, Juan Antonio (1956): *El principismo del setenta. Una experiencia liberal en el Uruguay*. Advertencia de Edmundo Narancio, Universidad de la República, Facultad de Humanidades y Ciencias, Montevideo, p. 166

¹⁵ El Coronel, año I número 2, domingo 9 de mayo de 1880, artículo “La venida del Mesías”